

WUEVES DE GEDEÓN



Ea, Calínez, ya estamos todos colocados. Es decir, ya están colocados todos los naturales de Galicia. Ahora sólo faltan los catarros.

—¿Querrás decir las obras.

—Justo, las obras. Pero la primera obra de don Eugenio fué siempre el acatarrarse. Así es que yo estoy esperando con gran impaciencia la noticia de que el Sr. Montero Ríos padece un fuerte y molesto constipado para exclamar: «¡Gracias á Dios, ya comienza á realizarse el programa democrático!»

—Pues mira tú que si se acatarrase también el incógnito Sr. González de la Peña...

—Entonces estábamos, Calínez, en plena reforma, en franco camino de regeneración. Si estornuda la Peña, España se ha salvado.

—Yo no creo, Gedeón amigo, que las obras y los catarros comiencen tan pronto. Fijate en que casi todos los individuos del Gabinete manifestaron, con su natural modestia, que no entendían una sola palabra de los asuntos confiados á su dirección. Villanueva dijo que él no sabía ni tanto así de Marina, y aun cuando él no lo hubiera dicho, todos lo hubiéramos sospechado. Sánchez Román declaró también que estaba limpio de líos diplomáticos, y que á él no le gusta poco ni mucho andar en esos chismorreos internacionales, porque está muy gordo para pasar las fronteras y teme acercarse á los Pirineos, porque los carabineros españoles y los gendarmes franceses le tomarían por una gran partida de contrabando. De Weyler todo el mundo sabe que anda muy torpe en cosas de Guerra, y de García Prieto se sospecha que tardará bastante en convertirse en García Ancho, para que cuelen por las bocas de las urnas electorales todos los gallegos que han de venir en representación del pote nacional. De modo y manera, Gedeón, que mientras Villanueva se entera de que no tenemos Marina, Sánchez Román de que los Pirineos caen hacia la parte de Francia, Weyler de cómo se dirigen las cosas de Guerra, y empieza á ensancharse Prieto, transcurrirá el verano santa y tranquilamente, sin emociones ni catarros ministeriales. Ni siquiera nos proporcionará Mellado alguna distracción, porque, según parece, el ministro de Instrucción Pública se larga á San Sebastián á bañar sobrinos y gentiles-hombres; de suerte que ya puedes tumbarte á la bartola enhebrando una siesta cómoda y pacífica hasta los estornudos otoñales.

—No me extraña lo que me dices, Calínez, pues casi todo ello me lo había sospechado yo.

Cuando vi que, apenas terminada la distribución de cargos, comenzaba la recogida de golfos, dije para mí sayo: ¡ea, aquí no piensan en otra cosa que en los asuntos del personal! No es que yo lo censure; líbreme Dios de meterme en protestas y armas al hombro; pero ¡caramba! bien podían haberlo hecho más discretamente, dejando, por lo menos, transcurrir algún tiempo entre el reparto de prebendas y la colocación de golfos. Así, todo seguido, supone un nepotismo descarado y provocador que no se puede tolerar. Los yernos, los deudos, los amigos, los golfos... Hombre, no; un poco de discreción, de hipocresía, si se quiere, para no asustar á las gentes.

—Y mira tú adónde los llevan.

—¿A quiénes, á los poteaguados del Presidente?

—No, hombre, á los golfillos callejeros. Los llevan á Villaviciosa, como si no fuera para ellos harto viciosa la villa de Madrid. ¡Qué cosas harán los buenos amigos encerrados en el castillo de Villaviciosa! Se van á escandalizar las barbancas.

—Y aun las barbasteñidas. Bien podía haber elegido Ruiz Jiménez una villa de nombre más moral. Aquel Sr. Odón de Villaviciosa debía de ser un punto superior. Buen enjambre de Odonos nos espera.

—En fin, como la cuestión es pasar el rato, aunque los ministros empleen el verano en adquirir las primeras nociones de sus respectivos departamentos y no se acatarre ni siquiera una vez Montero Ríos, los madrileños bendecirán á Dios por el arribo al Poder de este insigne hombre público. Galicia está contenta, y esa alegría gallega es un factor importantísimo para nuestra tranquilidad. No hay cosa que incite más á los placeres de la vida que ver al aguador subir cantando la escalera de nuestra casa. Lograda la dicha de contemplar sonrientes los rostros gallegos, recogidos los golfos en su castillo de Villaviciosa y con músicas en plazas y calles para pasar agradablemente las veladas, ¿que más se le puede pedir á un estadista? Y como si esas satisfacciones no fueran suficientes, aún nos queda el agradable empleo de las horas en averiguar quién es el señor González de la Peña. Este ministro mineral tiene todo el atractivo de un problema pentacróstico de Novejarque. ¿Dónde nació el Sr. Gonzalez de la Peña? ¿Qué ideas políticas profesó desde su tierna infancia? ¿Qué cara tiene el Sr. González de la Peña? ¿Qué hará en el Ministerio el señor González de la Peña? ¿Qué cánones le toca al pre-

sidente del Consejo? Ahí te entrego labor para todo el verano. Si además consigues la felicidad de agenciarte un traje transparente de los que lleva Weyler en segunda puesta, ya puedes decir, Calínez amigo, que el estío monterista está lleno para ti de encantos. Y luego la peste bubónica.

—No, Gedeón, si no hay tal peste. Fué una equivocación.

—¡Caracoles! En Barcelona se falsifica todo. Yo que estaba ya tan contento con esa nueva distracción veraniega, y resulta una falsificación. Vaya, pero si no esa, alguna otra peste tendremos: la peste canónica, producida por la ingestión desordenada de pote.

—Tienes razón; de esa no nos escapamos.

—Felicitémonos, pues, Calínez, del porvenir que nos espera con música de Vincenti, ese alcalde que viene soplando. Apenas cogió el bastón de borlas, se puso á tocar el bombardino. ¡Y poco bien que producen al vecindario las habaneras nocturnas! ¿Tú insistes en que no habrá peste bubónica?

—Lo que hay es un fantasma que recorre nocturnamente el distrito de la Inclusa.

—¿Un fantasma de la Inclusa? Ya sé quién es: el ministro de Gracia y Justicia. ¡Esta noche hemos de verle, Calínez! ¡Pero cuánta felicidad ha caído sobre nosotros sin haberse constipado todavía en el Poder el presidente del Consejo de Ministros! Yernos, deudos, golfos, fantasmas... ¡esa es la España pintoresca que necesitábamos! No se le puede pedir más á D. Eugenio en menos tiempo. Estornudemos tres veces en su honor.



Madrid Moderno

La actual situación política derrama felicidad por todas partes.

No cabe duda.

A más de las inmensas venturas con que nos brindan los ministros desde sus departamentos respectivos, las primeras autoridades de la villa y corte nos ofrecen poner la capital de España á la altura de sus similares extranjeras.

Madrid Moderno. Esta es la divisa del señor gobernador, que también acepta para su escudo el señor alcalde.

Claro está que no hay en ella el menor deseo de imitación del «Madrid Moderno» que languidece á un lado del camino de las Ventas. No. El Madrid Moderno, símbolo de las aspiraciones del Sr. Ruiz Jiménez y del Sr. Vincenti, será una transformación del Madrid actual. Higiene, moralidad, aseo, economía y grata distracción, son los principales números de ese programa transformista.

Quiere decirse que vamos á vivir en Jauja los madrileños; lo cual es muy de agradecer en el presente momento histórico. Gedeón envía, desde luego, su aplauso ruidoso si que también entusias-

ta, al jefe de la Provincia y al jefe del Municipio, á quienes puede llamarse sin metáfora los padres de la capital.

Por lo pronto, el señor gobernador se propone la lenta pero continua desaparición de la golfería de la villa y corte. Ya la buscó asilo decoroso en el histórico castillo de Villaviciosa de Odón, cuyo pueblo tal vez no agradezca ese regalo, y ya ha empezado la recogida. Se recogen al día veinticinco ejemplares de golfos; *una mano*, como decimos los chicos de la Prensa; y aunque así sólo se acabe con los profesionales de la golfemia, ya que acabar con todos es imposible, con esa gota de agua nos contentamos.

También el Sr. Ruiz Jiménez piensa que se extinga la mendicidad. La formación de un Patronato, la llamada caritativa al corazón del prójimo y otras medidas oportunas, le bastan para combatir la plaga.

¡Gracias, señor gobernador! ¡Guerra al golfo, al pobre y á la colilla! Esta es su bandera, ¿no es cierto, Sr. Ruiz Jiménez?

¿Qué decir del Sr. Vincenti? El señor alcalde, aunque ligeramente cojo, piensa correr tras las mejoras que se nos deben hace tanto tiempo. Las alcanzará, sin duda, ya que para ello más que buenos pies se necesitan buenas manos.

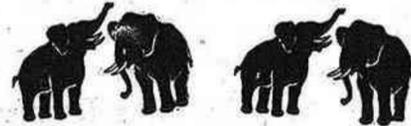
Nos anuncia una completa revisión de todos los servicios municipales, y, lo que es más urgente, arreglar las 400 bocas de riego, tan necesarias para caso de incendio. Como se ve, el Sr. Vincenti sigue el alto ejemplo de su suegro, el presidente del Consejo, quien arregló en estos días muchas bocas y muchísimas boqueras...

Además, el Sr. Alcalde nos manda á paseo, pero con música, para que disfrutemos de la dulce melodía, grata á las almas combatidas por el calor.

¡Ya empezamos á disfrutar de las venturas prometidas! ¡Ya casi casi vivimos en Madrid Moderno!

Sólo nos falta que se erija en cualquier plaza una estatua á Montero Ríos, para imitar el acto grandioso que piensan realizar en Santiago de Galicia.

Estatua que contemplarían las gentes venideras, rodeada de árboles y con tres ó cuatro kioscos á los lados, de absoluta necesidad en ese sitio.

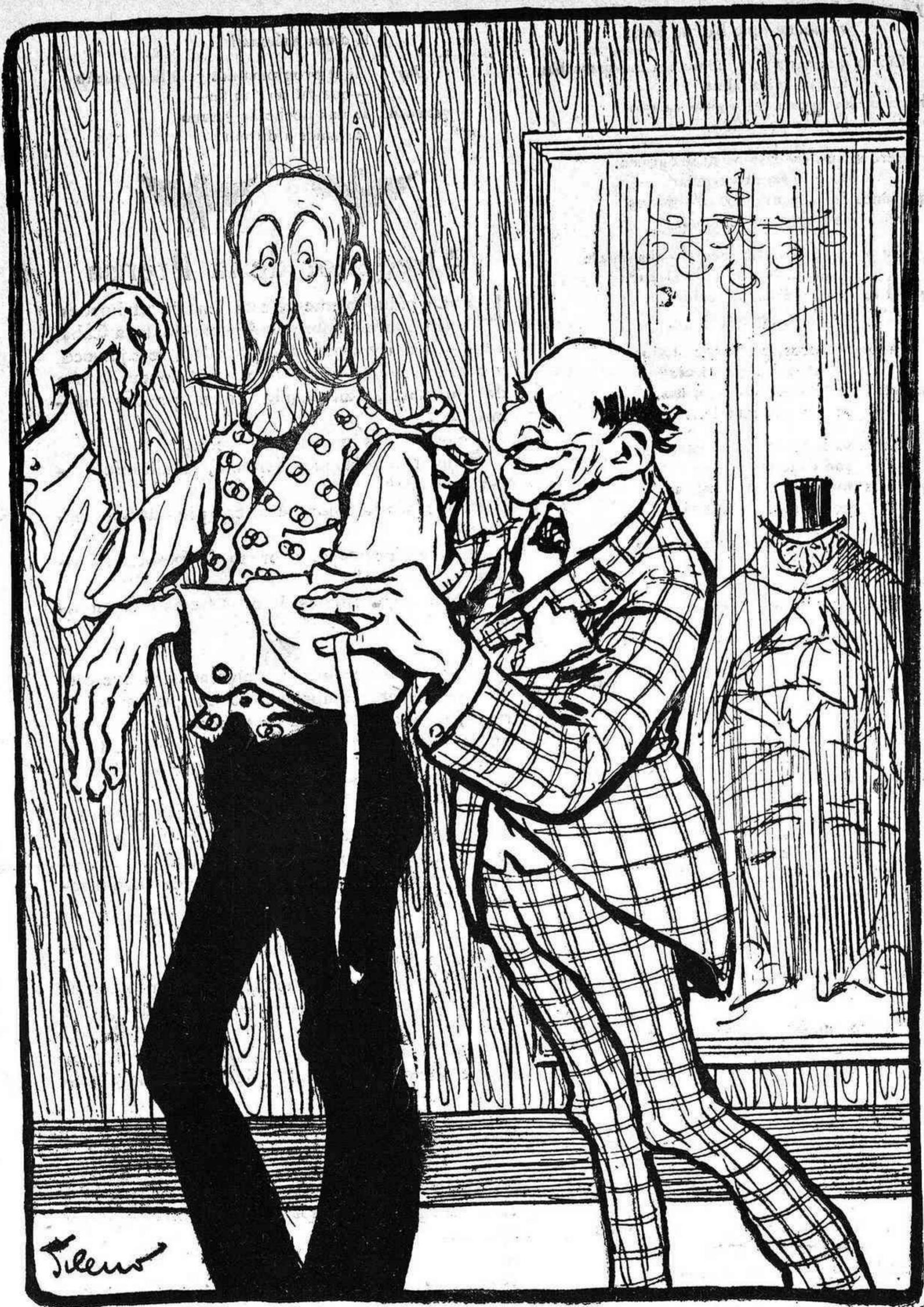


¡Gaudeamus igitur...!

¡Alegrémonos, socios!... Se acabaron las penas del país, gracias al pío y triunfador Gobierno que acaba de surgir.

Bajo las mantas que su cuerpo encubren, ¿quién iba á sospechar que ocultase también Montero Ríos la dicha nacional?

Decidido, entusiasta y animoso nos la viene á ofrecer,



EL UNIFORME DE JEFE

E. SASTRE.—CREO QUE QUEDARÁ MUY BIEN. ¿LO VA USTED Á USAR EN SEGUIDA?

DON SEGIS.—NO, PÓNGALE USTED FORROS DE FRANELA, QUE NO PIENSO ESTRENARLO HASTA EL INVIERNO.

y á quien, humilde, le contesta «¡gracias!»
responde «¡no hay de qué!»

Cierto que hasta hoy, como era indispensable,
fué su única labor
hacer de las prebendas y altos cargos
la justa provisión.

Pero si aún ignoramos su programa,
no es cosa de extrañar
que antes de repartirse los prospectos
se arregle el personal.

¡Su programa!... Lo sabe España entera
desde el Norte hasta el Sur,
y á él fia su grandeza, su fortuna,
su vida y su salud.

Ya los ministros se disponen todos
la patria á engrandecer:
se percibe el olor de sus reformas,
se palpa su interés...

Urzáiz va la moneda á sanearnos
con tacto sin igual:
que si es por fuera rala su cabeza,
por dentro no lo está

En manos de Mellado la enseñanza
resultará un primor,
pues Mellado es un genio que, ignorado,
yacía en un rincón.

Nos armará una escuadra Villanueva
sintiéndose andaluz,
y Weyler trae, hasta en sus propios trajes,
lozana juventud.

Y para los conflictos diplomáticos
que pueden estallar,
tenemos un ministro de la talla
del buen Sánchez Román.

Romanones, corriendo como un chico,
tan sólo en medio mes
los problemas agrarios espantables
se brinda á resolver.

García Prieto, el astorgano ilustre,
que empieza á ser feliz,
nos prepara á los padres de la patria
que habremos de aplaudir.

En tanto que González de la Peña,
Justiniano menor,
zurciendo el manto de la diosa Themis
aspira á un galardón.

¡Y hay más!... Piensa acabar con la golfemia
el valeroso Ruíz,
y Vincenti nos trufa con charangas
las noches de Madrid.

¡Oh, qué hermosura! De los viejos males
nos viene á consolar
el partido *homoeugenio* del insigne
señor de Lourizán,

que, animoso, entusiasta y decidido
siente aumentar su fe
leyendo ante la dulce chimenea
la carta de Moret.

¡A divertirnos!... ¡*Gaudeamus igitur!*...
¡Quién iba á sospechar

que ocultase *Moret* entre sus mantas
la dicha nacional?

¡Ayl... Si el programa nos resulta un sueño
—que tal será su fin—
¡el sueño de una noche de verano
volvamos á dormir!



Alrededor de la Prensa

La vida indudablemente está llena de fatalidades.
Un pobre hombre de Almonacid de la Cuba,
á los ochenta y cuatro años de edad, se equivocó,
y confundiéndolo con el vino, se bebió una botella
de amoniaco, falleciendo entre grandes sufrimientos.

Vean ustedes lo que son las cosas.

El amoniaco después del vino, ¡admirable! ¡como una seda!

Pero echándolo por delante... ¡liquidación forzosa!

¡Y luego dicen que el orden de factores no altera el producto!

¡Ahí tienen ustedes á las matemáticas en ridículo!



Un apreciable cronista y amigo nuestro que está seriamente comprometido en que ganen los rusos, tuvo la amabilidad de sacarnos la cuenta del dinero que tienen los moscovitas, y de que hasta la presente no han tenido que sacar un céntimo del fondo de reserva.

Sin duda así será, y la prueba de lo contentos que viven y de que no saben qué hacerse con tanto dinero, es que por puro entretenimiento se dedican á incendiar barcos y á promover revoluciones. ¡Todo por pura chirigota!



Dice un periódico:

«El Sr. Ruíz Jiménez, de acuerdo con el alcalde y para evitar las escenas realistas que se desarrollan en los puestos de agua del Prado, obligará á las dueñas á que cierren más pronto, sin perjuicio de que más adelante los haga desaparecer.»

¡Madrid sin cesantes liberales, sin pobres, sin golfos y sin aguadoras!

¡Una delicia!

Sólo falta para vivir en santa calma una minuciosa recogida de yernos y de aspirantes á gobernadores.



Siguen algunos periódicos negando que en el distrito de la Inclusa haya aparecido un fantasma. Esta empeñada rectificación tiene gracia, pero no están en el secreto.

De muy buena tinta sabemos que el fantasma no es otro que nuestro amigo Canalejas, que por ahora quiere guardar el incógnito hasta pasadas las elecciones.



SITUACION CONSERVADORA

O, LO QUE ES IGUAL, RIDICULA

MAURA ESCRIBE UNA CARTA.

VILLAVERDE ESCRIBE OTRA.

Y ROMERO ROBLEDO NO SABE Á QUÉ CARTA QUEDARSE.

¡El papel vale más!

Conocen ustedes á Pero Grullo?

¿Qué dicen, que murió hace muchos años?

No lo crean. Es un error.

Pero Grullo vive, para bien de la ciencia española.

Y no sólo vive, sino que se dedica á escribir manualitos de diversas artes y ciencias, que tiene la poca precaución de editar la casa Bailly-Baillière, á la cual debemos servicios impagables como la *Pequeña enciclopedia popular* y otras varias bagatelas científicas, cuya influencia bien se echa de ver en nuestra cultura y adelantamiento.

Lo que hay es que Pero Grullo usa nombres muy distintos para redactar sus obras y aun procura variar un poco el estilo; pero á nosotros no nos la da.

Sirva de ejemplo un bonito *Tratado de Sociología* que, envuelto en una cubierta adornada con enredaderas, acaba de salir á luz.

Lo firma D. Eugenio M. de Hostos, pero eso ¡pa el gato! como decimos los críticos trascendentales en la calle del Bastero.

¿Quién sino Pero Grullo puede haber escrito estos soberbios párrafos con que el autor entra en materia?

«LA VIDA EN SOCIEDAD. HECHOS SOCIALES.—Todos tenemos á la vista, según el lugar en que vivimos, el espectáculo de una vida distinta de la de cada uno de nosotros, que está—sin embargo—tan íntimamente relacionada con la vida nuestra, que tenemos la seguridad de que si esa vida nos faltara, nosotros no podíamos seguir viviendo. Tan seguros estamos de eso, como de que si el Sol se pára, cesa de girar la Tierra.»

«Esa dependencia del Individuo, representado por cada uno de nosotros en la sociedad, representada por el conjunto de todos nosotros, es un hecho que á todos nos consta por evidencia inmediata y por el conocimiento tradicional que tenemos de que en todas las naciones sucede y ha sucedido siempre eso mismo.»

Y así, por el estilo sigue, ó nos figuramos que sigue, hasta la página 258, que es la última.

Y digo que nos figuramos, porque estas cosas de Sociología hay que tomarlas de un modo análogo á como se lavaba el conde D. Garcés, el que tenía un lavamanos con tres pies.

Pero aun lavándose á saltos, tropieza uno con preciosidades como ésta:

«ENUNCIADO DE LA LEY DE LOS MEDIOS.—Toda fuerza social, al pasar de un medio sociótico á otro medio sociótico (¿dónde estará Melitón González, que no se ha enterado aún de estas intrinsecas?), se quebranta en sentido de más ó en sentido de menos: en sentido de más, cuando pasa de un medio enfermo á otro sano; en sentido de menos, cuando pasa de un medio fuerte á un medio débil.»

¡Qué cosa tan estupenda y tan sociótica!

Si esto no es negro catedrático puro, que descienda Jehovah y lo vea.

Por eso hemos pensado nosotros tantas veces

que la sociología, por lo menos la escrita ó traducida al castellano, es una ciencia de panolis, de almas más y de ¡viva la Virgen!

Y nada, nuestro joven y querido amigo el señor D. Práxedes Zancada sin dejarse convencer de esto, que es elemental.

Créanos, Zancada, eso no conduce á nada práctico. Es más útil y más ameno ser prestidigitador ó pirotécnico que sociólogo.

Pero volvamos á Pero Grullo y á sus manuales. Aun más que en el *Tratado de sociología* del señor Hostos, lucen y vibran y serpentean y hasta cabrillean las perogrulladas en otro librito, también editado por Bailly, y que se titula *Nuestro carácter. Reflexiones acerca del estado psíquico-orgánico de nuestra raza, y manera de robustecerla*.

Este sí que es un libro cuya lectura recomendamos á Melitón y al mismo Novejarque, para que aprendan el uso de la camelancia en libertad y con toda la amplitud posible. No les perdonamos á ustedes el primer párrafo, que reza como sigue:

«Del por qué de este libro.

Claro está que no ofrece ningún género de duda, por lo menos para el que tiene la honra y atrevimiento de ocupar la atención del piadoso lector, y no sabe si para los demás podrá ó no ofrecerles alguna y no pequeña incertidumbre la idea irrefutable que para discurrir sobre el alcance que puede tener la inteligencia y los sentimientos, ya tranquilos, ya pasionales, de un individuo, de un pueblo ó de una raza, lo primero que hay que conocer es su organización anatómica y su fisiologismo, tanto normal como patológico, para con estos precisos datos llegar al conocimiento de lo que puede dar de sí por sus aptitudes y energías el hombre, la familia, la nación y la raza á que pertenece, ó sea, en una palabra, llegar á conocer el carácter del individuo.»

¡Uf! ¿Ustedes han oído jamás cosa tan sencilla dicha de un modo tan enrevesado?

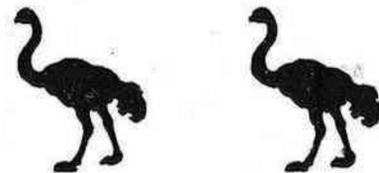
Pues todo el libro está escrito de igual manera: erizado de salvedades, precauciones, advertencias y escolios por ese orden.

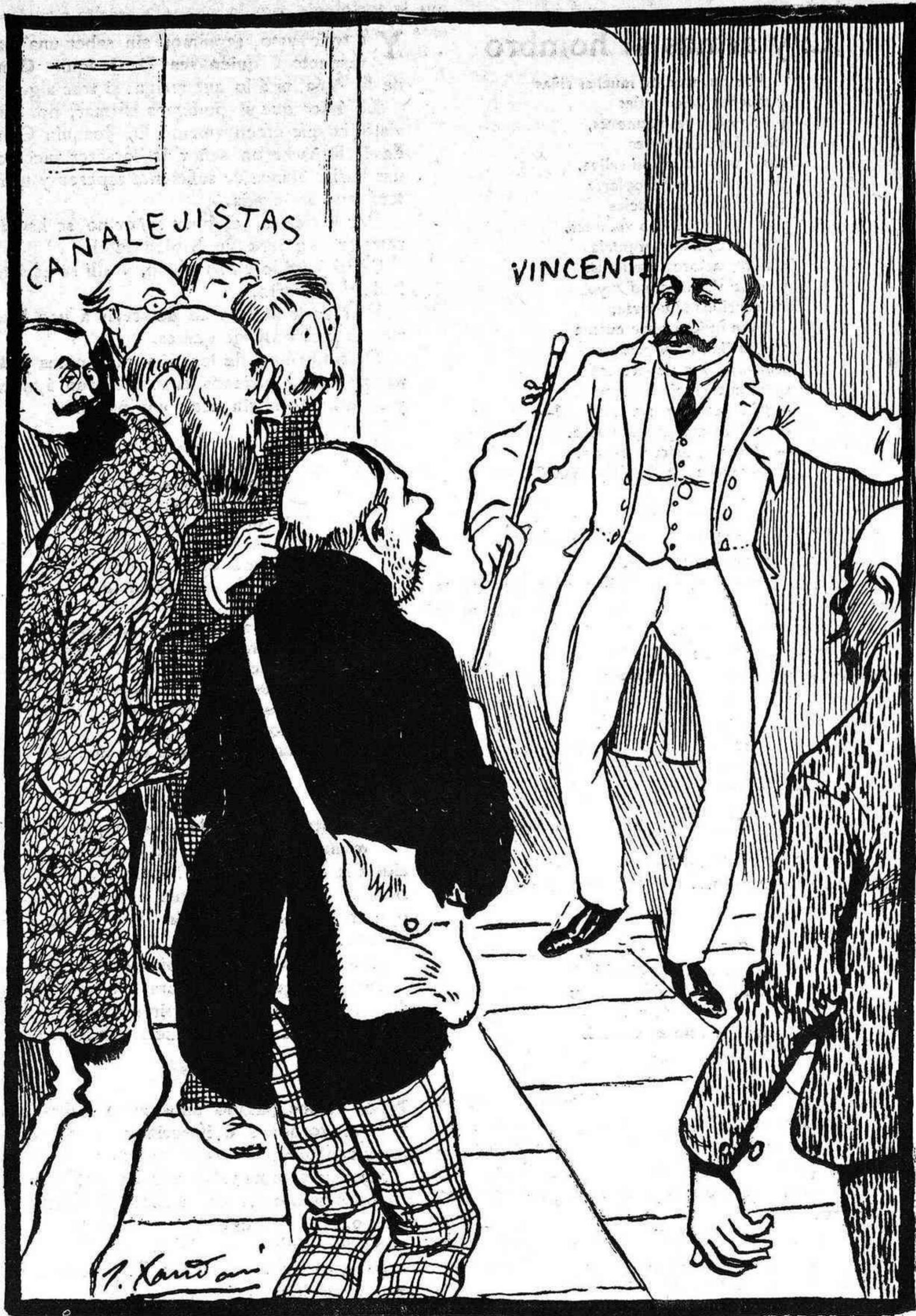
¿Cómo se va á robustecer la raza con semejantes laberintos?

Lo que hace todo el que lea semejante librito es quedarse como un fideo, á puros disgustos.

Por eso, además de recomendar su lectura á Melitón, se nos ocurre que tampoco le vendría mal al Sr. Sánchez Román, representante de la robustez de la raza, y porque alguien tomaría las carnes que dejara el Notario Mayor del Reino, y éste sí que lo es de veras, aunque quizás le aventaje en algunos kilos otro notario: el Sr. Moragas.

En fin, yo no sé si el autor de este libro lo ha escrito para explicar *Nuestro carácter* ó para ponerle á prueba, porque ¡cuidado que paciencia se necesita...!





LOS POBRES CAÑALEJISTAS

EL YERNO-ALCALDE, EN NOMBRE DEL SUEGRO-PRESIDENTE. — ¡LARGO DE AQUÍ! ¿NO HABÉIS LEIDO EL BANDO?
ESTÁ PROHIBIDO PEDIR...

... y armas al hombro

Por fin, tras de muchas riñas
y muchas dificultades
y no pocos resquemores,
los señores liberales,
con paciencia y con saliva,
ya comienzan á acoplarse
en las poltronas vacías
y en las prebendas vacantes.
Montero, á su parentela
dió los mejores manjares,
y como ve en torno suyo
los carrillos abultarse,
á quien quiere oírle cuenta
que ya tiene á los primates
contentos. No negaremos
que tiene gracia la frase.
—¿Quiénes son esos señores?—
oigo á alguno preguntarme.
—¡Tomal Los canalejistas.
¿Los quiere usted más primates?



He leído la protesta de los intelectuales.

Y me parece muy bien.

Pero, francamente, me fastidia algo que de la terrible censura en ese documento contenida se exceptúe al Sr. Urzáiz.

Ya verán ustedes, muy señores míos, amigos é intelectuales, cuyas manos beso, cómo este señor Urzáiz resulta, por lo menos, tan malo, si no peor, que sus antecesores y sucesores.

Porque, la verdad, no tener confianza en la salvación de la patria por ningún político y creer en Urzáiz, me parece el colmo de la inocencia.

Pero puede que yo me equivoque y que los intelectuales, mis queridos amigos, estén en lo firme.

De todas maneras, yo apostarí algo, si el apostar no fuera tan feo... como el mismo Urzáiz.



Señor alcalde mayor,
no gaste usted bisoné,
mire que pueden decirle:
—¡Eeh, eh!
Ese pelo no es de usted.



Merced á las acertadas disposiciones del señor gobernador civil, que ¡loado sea Dios! ya no es el conde de San Luis, ha comenzado la recogida de pobres, de golfos y de sacerdotisas.

Esto último ya no nos parece tan bien como lo primero.

Bastante tristes nos hallamos ya, mi noble amigo D. Joaquín, para que privemos á la existencia de uno de sus pocos atractivos.

Diciéndolo en inglés, por honestidad, aludimos al *fox-hunt*.

Porque en estas cosas hay que proceder con arreglo á un criterio de igualdad.

Y si comienza usted á tirar de la cuerda para todas las que lo son, se va á ver muy comprometido.



Y á todo esto, seguimos sin saber una palabra respecto á quién sea D. Joaquín González de la Peña, ni á lo que traiga, si trae algo.

Lo único que sí podemos afirmar, por haberlo visto, es que efectivamente D. Joaquín González de la Peña es un señor de carácter anciano, con una barba blanca de suficiente espesor y una chistera muy anticuada.

Por lo demás, el buen señor no se ha dejado retratar ni quiere que hablen de él.

Se ha metido en su rincón, y allí se está tan callado y tan serio.

Pero para algo le ha de servir á uno la experiencia y el trato de gentes.

Desconfiemos de los niños muy niños y de los ancianos muy ancianos cuando se van á un rincón y se están en él sin decir una palabra.



Señor alcalde mayor,
esta corte está muy sucia,
bebemos agua malísima,
tenemos fiebres palúdicas
que toman carácter tífico,
nos hallamos en las últimas
en cuanto á alcantarillado
y en eso de Instrucción pública...
¿y á estos males tan gravísimos,
esa inteligencia lúcida
no halla otro remedio práctico
que tocar rapsodias húngaras?
Señor alcalde mayor,
no nos venga usted con músicas.



En cuanto al Sr. Villanueva, á quien le hicieron ministro de Marina en atención á sus servicios á la Agricultura y á los ferrocarriles secundarios, ha venido á decir que él estaba con el fusil preparado para *refundirle* su proyecto al señor Cobián.

El cual, á su vez, lo había fusilado de otro.

De modo que esos acorazados que nunca tendremos, de seguro jamás oirán un cañonazo.

Pero lo que es en el papel, bien fogueados van.



Nos hemos pasado unos cuantos días construyendo bellas é ilusorias *astracciones* relativas al celibato eclesiástico y á su posible abolición.

Hasta que se ha visto que se trataba del acreditado infundio, propio de todas las campañas de verano.

No hay nada de lo dicho.

Pero no retiramos ni una línea de nuestra caricatura relacionada con este asunto.

Porque Maura no habrá intervenido en él, pero, hoy por hoy, después de haber visto que se le ha escapado de entre las manos medio partido (es decir, un cuarto), es capaz de casar al coro de vírgenes de la ex mayoría con el coro de obispos de *La Africana*.

Y hasta de decirles olímpicamente, mayestáticamente: *Crescite et multiplicámini*.

¡El pobre D. Eugenio!

Caminábamos lenta, tranquilamente, así al azar, por esas calles de Madrid, pensando en el sacrificio de Moret, nuevo Guzmán el Bueno de la política, arrojando el cuchillo al pequeño Aguilera para que corte la cabeza á cercén y sin piedad al grupito de los liberales, y en las conciliadoras palabras de «¡Todos somos unos!», tan prodigadas entre las lavanderas y demás *liberalas* que suelen concentrarse á orillas del Manzanares; meditábamos sobre la formación de las dos cuadrillas de *niños mauristas* y *niños de Villaverde*, de esos dos nuevos bandos del *foot-ball* conservador, con sus diecisiete exministros de una parte y diecinueve de otra, sin contar otras muchas cabezas que aún están por descorchar; recordábamos el bien triste y desairado papel de Canalejas en esta situación, al que ha correspondido, como siempre, la parte del engañado de la pantomima, con un insignificante botín en el reparto de gracias y mercedes y dos ó tres gobernadores de muy poca circulación, de mucho menos circulación que nosotros; nos admirábamos, y la verdad, nos resistíamos á creerlo, de ver salir á un conocido sastre de casa de Weyler. ¿Sastre y á ver á Weyler? Arreglo de levita tenemos, nos dijimos. En todos estos razonamientos distraíamos nuestro caminar, cuando pasamos por delante de la casa del ilustre Presidente del Consejo de Ministros, y llamó nuestra atención que á la puerta esperaban cinco coches de los de servicio oficial y un corro de cocheros y lacayos con llamativas escarapelas.

¡Cielos! ¿Qué habrá ocurrido?

¡A estas horas y tanta gente!...

¡Vaya! exclamamos, recordando el sainete de Luceño *¡Amén ó el ilustre enfermo!* Al primer tapón, catarro. ¡Buenas tenemos las mucosas presidenciales! Esto de los catarros viene de herencia en los presidentes liberales; con la particularidad de que el catarro de D. Práxedes era siempre oportuno, y el de D. Eugenio es, desde luego, rebelde á su propio deseo.

Sin duda el formidable canonista está indispuerto, y los ministros se reúnen en su casa para celebrar su primer Consejo. Esto supusimos, no muy descabelladamente, ante aquella manifestación de carruajes y cocheros galoneados.

Y cuando, vencidos por nuestra curiosidad, esperábamos ver salir de casa de Montero Ríos al ¡por fin! Mellado con su buen Pepe Luis de la manita, á Romanones con su mulletilla de siempre, á Villanueva haciendo barquitos de papel, á Sánchez Román con su Estado interesante, á Weyler de jerga de reformas, vimos con la natural sorpresa, como dicen en los folletines, al propio D. Eugenio, á su yerno el ministro de la Gobernación, á su yerno el presidente del Tribunal Supremo, á su yerno el alcalde de Madrid, á su hijo juez municipal y no sé qué otra cosa en el Congreso.

¡No era mala reunión de ministros! ¡Qué chasco!

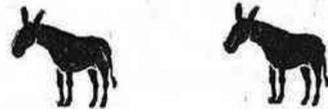
Los caballeros ocuparon los cinco coches, que vimos alejarse con envidia.

Porque envidia y no poca tenemos á un señor que, sobre ser presidente del Consejo, tiene tres yernos y un hijo tan bien colocados, y los cuatro con coche que, naturalmente, tampoco paga don Eugenio.

¿Cabe mayor ganga?

Ahora comprendemos por qué Moret disuelve su partido. ¿Cómo es posible competir con un hombre tan admirablemente pertrechado de familia y de carruajes?

¡Imposible!



GEDEÓNICA

Hay noticias que le asombran á uno, y á más de uno, naturalmente.

Leemos en un popular diario de la mañana el siguiente formidable suelto:

«El director del Museo Pedagógico, Sr. Cossío, ha celebrado ayer una detenida conferencia con el Sr. Mellado, quedando éste enterado de cuanto se relaciona con aquel Establecimiento.»

No se le puede pedir mayor voluntad al ¡por fin! ministro.

Ya lo han leído ustedes. ¡El Sr. Mellado quedó enterado de cuanto le dijo el Sr. Cossío!

Eso procuramos hacer todos los mortales cuando nos hablan de cualquier cosa.

¡Quedar enterados!

¡Hombre, aunque no sea más que por cortesía!

Por cierto que el mismo *reporter* pone en boca del ministro razones y discursos puramente gedeónicos, que no creemos, aun dada la tradicional bonachonería de nuestro buen amigo y protector de Próculo. Porque atiendan lo que dice:

«El ministro de Instrucción Pública estudia con gran empeño cuante se relaciona con la inspección de la enseñanza, proponiéndose en época oportuna girar visitas á los establecimientos docentes, pues, según sus informes, existen muchas escuelas que no se abren en todo el año.

»Este importantísimo problema no se resuelve con leyes ni decretos pomposos. Hace falta un personal que su competencia vaya acompañada de una verdadera vocación para la enseñanza.»

¿Cabe mayor inocencia en D. Andrés? ¡Ha necesitado ser ministro para tener informes de que hay muchas escuelas que no se abren en todo el año!

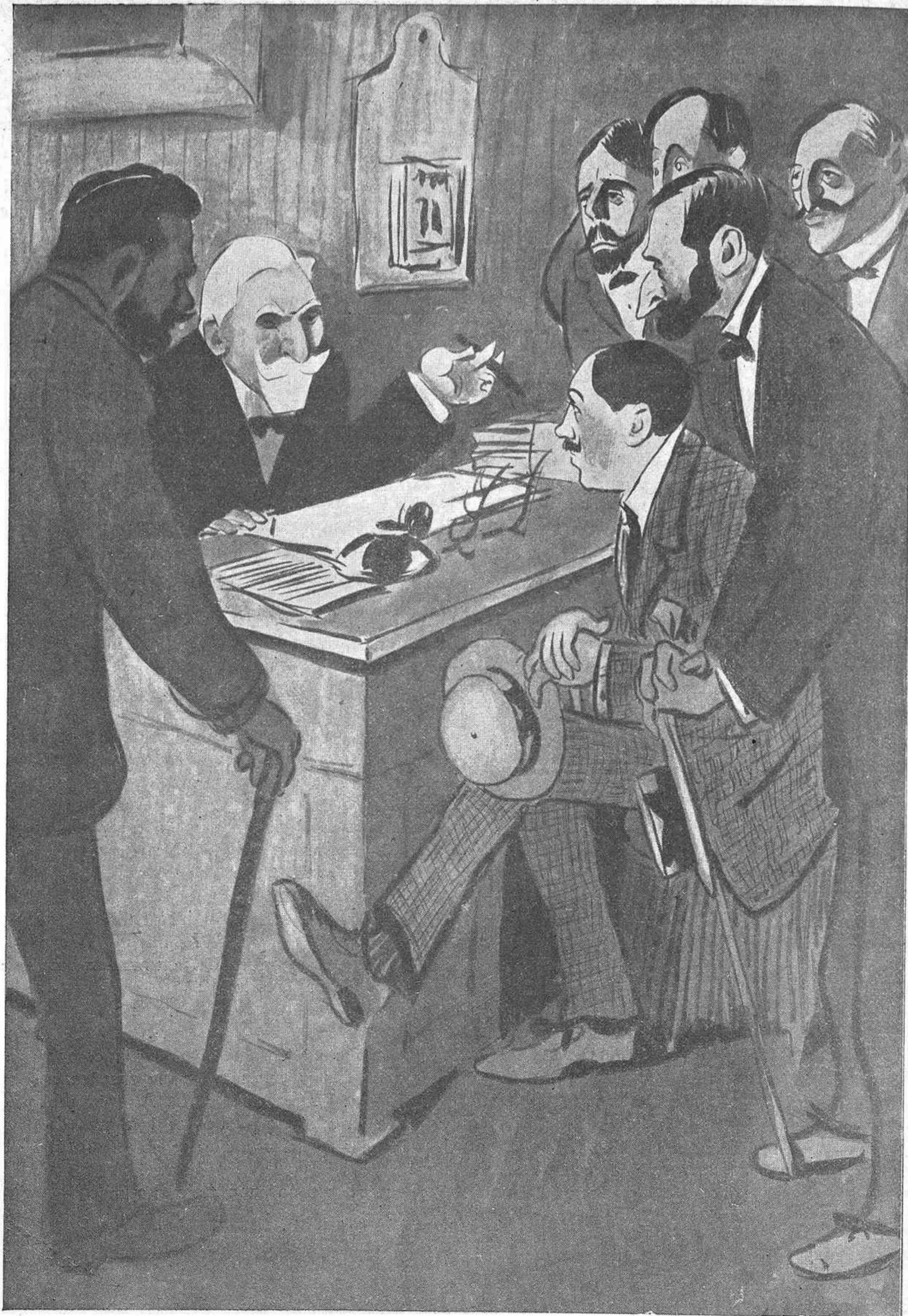
¡Pero si eso lo sabe todo el mundo sin salir de casa!

Respecto á lo de que hace falta un personal competente, etc., etc., también estamos en el secreto.

Personal competente... ¡No hay memorialista que no lo solicite! Y, sin embargo, no le dan importancia al asunto.

Aquí, en confianza, yo creo que ese *reporter* no habló con el ministro de Instrucción Pública.

¿No sería con el popular gentilhomme Pepe Luis?



EN EL DESPACHO DEL LICENCIADO MAURA

ABOGADO... DE TODAS LAS BUENAS CAUSAS

LOS JÓVENES DEL EXCORO DE VÍRGENES.—¿Y USTED CREE QUE EN LAS PRÓXIMAS ELECCIONES TENDREMOS VOTOS?

MAURA.—¡YA LO CREO! EN HABIENDO GUITA, RÍANSE USTEDES DE LOS VOTOS, INCLUSO DE LOS DE CASTIDAD.